

Reuniéronse para esto muchos abades y solitarios venerables, cuya alma y órgano principal era San Benito de Aniano. Luis, que le habia cobrado aficion quando era Rey de Aquitania, quiso acercarle á su persona, le mandó venir á Alsacia con algunos monjes de su observancia, y le dió el monasterio de Marmutier; mas juzgando que distaba demasiado, levantó á dos leguas de Aquisgran un monasterio que se llamó Indo por el arroyuelo de este nombre que riega el valle donde está situado. El Emperador parecia tal vez descontento de recibir los memoriales, y quiso tenerle en su palacio con este cargo. Pero este hombre santo, que era tan poco aficionado á los oficios de palacio, por llevar siempre impresas profundamente las obsas eternas, se olvidaba muchas veces de los memoriales que le habian encargado. Tomó el medio de meterlos en las mangas ó en el manipulo, que todavía llevaban siempre los sacerdotes; y no bastando esta precaucion, para no omitir diligencia él Emperador sonriéndose le registraba muchas veces por sí mismo.

San Benito se distinguió mas en restituir á su antiguo esplendor el estado religioso. Advirtió, pues, con otros abades de Francia y algunos de Italia, tales como Apolinario de Monte-Casino, y Josué del San Vicente de Vulturno, que la decadencia de la disciplina monástica nacia principalmente de la diversidad de observancias. Porque aunque la mayor parte de los monasterios tenian la regla de San Benito, era grande la variedad de muchas prácticas que

se habian introducido con la mudanza sucesiva de las costumbres, lo que no habia precavido aquel padre de la vida cenobítica. Por esto pasaban las relajaciones por costumbres autorizadas del tiempo, y los monjes, aunque muy inmediatos sus conventos, no se parecian unos á otros. Determinaron, pues, una disciplina uniforme por medio de constituciones que explicasen la regla primitiva. Prohibia esta comer ciertas carnes, pero resolvieron que los monjes, á escepcion de los enfermos, no comiesen aves en el monasterio ni fuera de él, sino cuatro dias por Pascua, y otros tantos por Navidad. Les permitieron el uso ordinario de la manteca, que los pobres gastan tambien en los países que no tienen aceite: y solamente se escluyen de esta permission veinte dias antes de Navidad, y el viernes de cada semana. En caso de extraordinaria fatiga, conceden aun en cuaresma un refresco religioso, despues de haber hecho la comida por la tarde; este es el origen de la colacion en dia de ayuno. En quanto al alimento se habla muy por menor, y así se dice, que la libra de pan señalada por la regla debe pesar antes de cocerse treinta sueldos, que quiere decir libra y media, pues veinte sueldos de doce dineros cada uno pesan una libra. La porcion de bebida será una hemina de vino, y en donde no hay vino se dará cerbeza al doble. Los muchachos destinados á la vida monástica, y ofrecidos para ella por sus padres, ratificarán la promesa por sí mismos en llegando á la edad competente. Tambien se arregló lo que de-



bian dar los monasterios al Soberano; y vemos que habia en esto mucha diferencia, porque unos debian el servicio de guerra y varios presentes por el estilo de nuestros dones gratuitos; y de esta primera clase se cuentan catorce, entre otros el de San Benito sobre el rio Loira, Ferrieres, Corbia, Estavelo, San Claudio, y nuestra Señora de Soissons. Todavía no se contaba en esta clase el monasterio de Fulda, que fue despues tan poderoso, sino entre los diez y seis que no debian mas que presentes; pero la tercera clase, mucho mas numerosa, debia solamente oraciones. Con el tiempo tuvieron estos reglamentos casi tanta autoridad como la regla de San Benito; mas al principio costó mucho hacer que los recibiesen: y respecto de ciertos monges hubiera sido mas fácil la reforma de todo un reino. Hubo grandes alborotos en las comunidades; una parte estaba por la reforma, y otra por la relajacion. Muchos tomaron la regla de los canónigos, mudando de estado por su arbitrio, y esto se tuvo por apostasia. No obstante, con la prudencia y suavidad de San Benito de Aniano, nombrado por el Emperador para egecutar la reforma con Arnau, abad de Nermautier, se fueron sometiendo los monges insensiblemente. Algunos, como los de Richenau, se apresuraron á admitir la nueva observancia, para que cuando llegasen á visitarlos los dos comisionados tuviesen el consuelo de ver que los habian prevenido. Ya desde esta época no se cuenta cosa particular de San de Benito Aniano, el cual murió al-

gun tiempo despues en su casa de Aquisgran, y trasladaron su cuerpo al monasterio de Indo con los honores debidos á la santidad. Tenemos de él muchas obras, y todas conformes á su profesion; así sobre las antiguas reglas monásticas, de las cuales demuestra la conformidad con la de San Benito, como sobre los pasages de los padres de oriente y de occidente mas instructivos para las personas religiosas de ambos sexos. 17. Muy lejos estuvieron los abades de oriente de hacerse tan respetables. Aun aquellos que habian resistido con heróico valor á las persecuciones de Leon Armenio, no se mantuvieron contra sus artificios. Viendo este Emperador que el destierro los confirmaba mas en la fe, llamó á muchos de ellos á Constantinopla, pasados algunos dias de destierro, y les dijo, que no se metia en su creencia, y que solo se les pedia que comunicasen una vez por el bien de la paz con el patriarca Teódoto, y con esto se volvieron á sus monasterios. Ellos acomodaron su conciencia á las circunstancias en que se hallaban, se figuraron que podian usar de alguna condescendencia para no perderlo todo, y fueron juntos á un oratorio en que se habian conservado las pinturas, y comulgaron de mano de Teódoto; y éste por su parte dijo anatéma á los que no adorasen la imágen de Jesucristo.

18. San Nicetas de Medicion, que era uno de estos abades, tuvo la flaqueza de ceder contra sus propias luces á los que por su edad miraba como sus guias (1). Mas no bien volvió á entrar en su monas-

(1) Tom. 9. Bolland. Vit. S. Nicet. cap. 7. num. 40.



terio, cuando se sintió mortificado de los remordimientos mas penetrantes. Al principio pensó sepultarse en alguna soledad distante, para hacer allí penitencia por toda su vida; pero despues juzgando que debia reparar su caida en donde habia cometido la culpa, se presentó con valor, y dijo por todas partes en Constantinopla que él no habia mudado de creencia. Le llamó el Emperador, y le preguntó por qué no se habia vuelto á su monasterio como los demás abades, y le respondió Nicetas: „sabad, Señor, que repruebo quanto hice por torpe condescendencia, y que nunca pensé menos en comunicar con vuestro partido; haced de mí quanto quisieréis, pero no me vereis mudar de sentir.” Le trasportaron á una isla en donde le tuvieron en la cárcel hasta la muerte de Leon. San Juan de los cátaros, llamado á Constantinopla despues de los otros abades, se resistió á todas las seducciones, y tambien le desterraron y encerraron en un castillo hasta la muerte del Emperador.

19. Los talentos de San Teodoro de Estudio y su constancia en emplearlos en la defensa de la fe eran tan conocidos, que no le volvieron á llamar á Constantinopla, y así le trasladaron del castillo de Metopa á otro lugar mas distante de la Natolia, y no quisieron que ignorase que la causa eran las instrucciones que continuamente daba por cartas y por palabras. Respondió el Santo: „con gusto llevo que me trasporten donde quieran, porque toda la tierra es del Señor, y sola su voluntad me tiene en ella; pero

no conseguirán cautivar mi lengua, pues la tengo consagrada principalmente á Dios.” Sabiendo el Emperador la fortaleza de este confesor santo, dió orden que le azotasen sin piedad. Se quitó Teodoro alegremente la túnica, diciendo: „mucho tiempo ha que deseaba yo padecer ultrages por el nombre de Jesucristo.” Viendo el egecutor un cuerpo estenuado con las penitencias, temió hacerse culpable de sacrilegio si le azotaba, y con pretesto de la decencia hizo retirar á todos: poniendo despues una piel de carnero sobre las espaldas del Santo, descargó sobre ella una cantidad de golpes que se oían fuera, y aun se hizo una cortadura en el brazo para ensangrentar el azote, y así se lo mostraba á todos cuando salió.

Continuó el santo abad hablando y escribiendo en favor de la verdadera fe, y para poder producir pruebas de la unanimidad de todas las iglesias, escribió entre otros á los patriarcas que vivian en los dominios de los infieles. En su carta al de Alejandría hace una larga descripcion de la persecucion de los iconoclastas, por suponerle menos informado, á causa de la dificultad de comunicarse por un mar, en el que perpetuamente estaban los musulmanes en corso.

„En el centro del cristianismo, le dice, están arruinados los altares, y desfiguradas las iglesias hasta en los asilos mas piadosos de la religion, que son los monasterios. Los árabes que os oprimen se avergonzarían de no mostrar mas respeto á Jesucristo. Maltratan aquí á las personas mas especialmente consagradas á su servicio: no hacen estimacion de los obis-



pos, de los sacerdotes y monges; y lo mas deplorable es que estos desmayan sin vigor y sin fuerzas. Unos han perdido enteramente la fe, otros se lisonjean de que la conservan, siendo cómplices y comunicando con los hereges. No obstante, todavía hay algunos que no han doblado la rodilla á Baal, y nuestro glorioso patriarca es en esto la guia y el modelo; pero unos de estos han sido ultrajados y azotados cruelmente, otros están reducidos en las cárceles á alguna onza de pan enmohecido, y algun vaso de agua infestada, y otros han sido condenados á destierro. Los menos infelices son los que se han desterrado á sí mismos, y no tienen unos mas alojamiento que entre las malezas de los bosques, y otros las montañas por donde andan errantes. Algunos han consumado su martirio en sus mismos azotes, y algunos tambien han sido arrojados al mar encerrados en sacos. Por último, se anatematiza á los doctores de la santa antigüedad, y se celebra la memoria de los impíos: hasta la niñez y la infancia se corrompe con los libros que se distribuyen á los maestros de la escuela. Nadie se atreve á hablar de la sana doctrina: la muger no se fia de su marido: todo está lleno de espías para ir á contar al Emperador quanto se hace ó se dice contra el designio que ha formado de aniquilar el santo culto. A él delatan á cualquiera que no comunica con los profanadores, á cualquiera que tiene una imagen ó un libro que hable de imágenes: á cualquiera que ha recibido á un desterrado, ó favorecido á un encarcelado; y el que se descubre pronto-

mente es arrestado, rasgado á azotes, proscripto, ó desterrado. Este miedo arruina la Religion y el orden de la sociedad, sujetando á los esclavos sus señores: imploramos, pues, vuestra asistencia; y así dadnos por lo menos el auxilio de vuestras oraciones."

Escribió al Papa Pascual empenándole en que interpusiese su crédito y autoridad apostólica en favor de los confesores de la fe, y le dice: „oid, hombre revestido del divino poder, depositario de las llaves del cielo, Pastor establecido por Dios sobre todo el rebaño de Jesucristo, piedra sobre la cual está edificada la Iglesia católica, vos sois Pedro, pues ocupais su Silla, venid á socorrer á vuestras ovejas, las que jamás han estado mas espuestas que hoy al furor de los lobos. Sepa toda la tierra que habeis anatematizado á los que persiguen á Jesucristo en sus adoradores. De este modo sostendreis á los flacos, aumentareis el valor de los fuertes, levantareis á los que están abatidos, y alegrareis toda la Iglesia. Como vuestros antecesores, que eran dóciles á las impresiones del Espíritu Santo en las mismas ocasiones, ganareis gloria inmortal á la iglesia romana, que es el refugio y puerto de todas las demás. A vos dijo el Hijo de Dios, que confirmaseis á vuestros hermanos: este es el lugar y momento de hacerlo."

20. Estas cartas del abad Teodoro, firmadas por los abades de la mayor parte de los monasterios de Constantiuopla y sus cercanías, fueron bien recibidas del Sumo Pontífice, les dió una respuesta llena de ternura, les prometió su paternal auxilio, los exhor-



tó á la perseverancia, y no tardó en enviar unos legados á Constantinopla; mas estando el Emperador muy preocupado, no produjo otro efecto la embajada del Papa que el de alentar á los católicos, al ver estos que la Cátedra de San Pedro se habia altamente declarado en su favor. El Papa, para dar asilo á los que vagaban mas perseguidos, levantó un monasterio de monges griegos en Roma, cerca de la iglesia de Santa Praxedes, que habia reedificado. Pronto se llenó este hospicio, porque el valor inespugnable de muchos santos abades, y sobre todo el de San Teodoro, encendieron el furor de Leon, y éste dispersó todos los monges de Estudio, y los que aun habia de Saccudion con otros infinitos. Mandó conducir al abad Teodoro de prision en prision, y de provincia en provincia; pero por todas partes el respeto de sus virtudes y las liberalidades de los fieles para con sus guardias le proporcionaron la libertad suficiente para la defensa de la fe. No miró con desprecio el Santo la disciplina; antes bien, á pesar del peligro del escándalo y de la confusion, prescribió algunas reglas severas de penitencia para aquellos súbditos suyos que se doblasen á la tiranía. Privaba á estos de la comunión de las cosas santas hasta el fin de la persecucion; esto es, hasta que se pudiesen celebrar concilios para juzgar segun los cánones la gravedad de las culpas, y los remedios convenientes. „Si antes, dice, les amenaza la muerte, reciban la comunión, con tal que tengan verdadero arrepentimiento de su culpa, y juzgo que alcanzarán el perdon.

En cuanto á los que no son de nuestra comunidad, añade, ¿quién soy yo para darles leyes? Remitia á los obispos en consecuencia de este principio todos los estraños que por su opinion de santidad y sabiduría recurrían á él.

21. Vino á manos del Emperador una carta de San Teodoro, y al punto la envió á oriente al gobernador de la provincia con orden de castigar al autor, de modo que no volviese á escribir otra. Presentó este oficial aquel escrito al Santo, y él no dudó en reconocerle por suyo. Le dieron cien azotes con tal crueldad, que cayó en tierra sin respiracion ni movimiento; y fue una especie de prodigio, que un discípulo suyo que se hallaba en la misma cárcel lograrse hacerle tornar en sí; mas necesitó curar por largo tiempo sus llagas, y cortar mucha carne muerta. Azotaron con la misma barbarie al santo abad en otras dos ocasiones: le atormentaron mucho arrastrándole de un lugar á otro en aquel estado de debilidad, obligándole á caminar de dia con los mas ardientes calores, y por la noche no le concedian mas reposo que ponerle trabas. Tuviéronle infinito tiempo en los calabozos: por diez y ocho meses en una parte, y por tres años en otra, traspasado de frio en el invierno, ahogado de calor en el verano, sofocado por la infeccion del mal olor, devorado de los mas asquerosos insectos, espuesto á morir de hambre y de sed, por lo menos hasta que algunos católicos arrojados tuvieron medio de acercarse á él; pues los tiranos no le suministraban mas que un pe-



dazo de pan que le echaban por un agujero de dos en dos dias. Observando por fin el arzobispo de Esmirna, uno de los gefes del partido, que nada reprimia la santa elocuencia del confesor, que entonces estaba preso en aquella ciudad, le dijo al partir para Constantinopla, que él rogaría al Emperador que ordenase cortarle la cabeza, ó por lo menos arrancarle la lengua; mas la revolucion que acaeció en el año siguiente de 820, estorbó el cumplimiento de ésta amenaza.

22. Miguel, gefe de un cuerpo de tropas llamadas los confederados, ufano con alguna reputacion que gozaba de valor, no perdía la ocasion de censurar la conducta del Emperador, y formó por último una conspiracion contra él; descubriéronle y fue arrestado vispera de Navidad, y condenado al punto á ser quemado en el fuego de los baños del palacio. Fue la Emperatriz Teodora á reconvenir á su esposo sobre el poco respeto que profesaba á una fiesta tan grande, en la que pensaba recibir el Cuerpo de nuestro Señor. Consintió Leon, aunque á la fuerza, en dilatar la egecucion, y le dijo: „tú opinas hacer una buena obra, mas ya verás lo que acontece.“ Colocaron á Miguel en la prision de palacio con grillos, y en la noche siguiente suponiendo que se queria confesar, dió parte á los conjurados del estremo en que estaba, amenazándolos con que todo lo descubriría si no daban un golpe vigoroso para libertarle. Entraba á cantar maitines antes de amanecer el clero del palacio, que tenia su alojamiento

fuera, y los conjurados á favor de las tinieblas se vistieron de clérigos, y entraron con ellos en la capilla cuando el Emperador, que se gloriaba de cantar mejor que ningun hombre de su tiempo, entonaba en alabanza de los tres hebreos de Babilonia el himno que todavía cantan los griegos en el oficio de Navidad. Recurrió, al observar su entrada tumultuaria y precipitada, á esconderse en el santuario: al punto lo ocultaron allí, y aunque se defendió largo tiempo con una cruz, no le bastaba esta para parar los golpes que le tiraban. Derribóle el brazo con el hombro uno de los conjurados de fuerzas extraordinarias, y otro le cortó la cabeza. Arrastraron su cuerpo por la ciudad, y le abandonaron con ignominia en el Hipodromo. Trasladaron sus cuatro hijos á la isla Protea, y allí los hicieron eunucos. Tal fue despues de siete años de reinado el desastrado fin de Leon Armenio, que con tantas impiedades y crueldades habia contaminado sus manos, creyendo reinar treinta y dos años, y pasar á sus hijos y á sus nietos el imperio hasta la cuarta generacion, como se lo habian afirmado sus adivinos y sus fanáticos aduladores.

23. Colocaron á Miguel, llamado el Tartamudo porque realmente lo era, en el trono, sin haberle quitado los grillos. Apenas rotas sus cadenas, al medio dia fue sucio y sin aseo como habia salido de la prision, á que le coronase el patriarca en la catedral, y le reconoció todo el pueblo.

24. Viéronse por el mismo tiempo en el imperio francés facciones y maniobras que no admiraron me-



nos: solo el respeto del nombre y sangre de Carlo-Magno estorbó que llegasen las cosas á un extremo tan trágico. No se puede disimular que en aquella revolucion tomaron parte algunos obispos, bien que no como tales, sino como miembros del primer órden del estado. Debemos representarnos los obispos franceses de aquel tiempo, como se han conservado los de Alemania, en donde la mayor parte tienen la clase de Príncipes, y el poder efectivo de Soberanos. La piedad, ó mas bien la política de Carlo-Magno, que era el segundo Rey de su familia y conocia lo que podia en el espíritu de la nacion, quiso atraerlos á fuerza de beneficios y privilegios. La piedad mucho mas reflexiva de Luis el Hermoso, y lo limitado de su entendimiento, ni capáz de combinar el régimen de la gerarquía con el gobierno general del estado, le hicieron aumentar mas la autoridad temporal de la prelatura. Por otra parte, tenia este poder un fundamento agradable, y casi tan antiguo como la monarquía: era éste, que habiendo caido los gaulas en una especie de anarquía, el clero fue el que los indujo á que diesen la preferencia á Clodoveo sobre los otros conquistadores bárbaros, contaminados con el arrianismo, y así el nuevo Monarca conservó en los obispos sobre el espíritu de los pueblos un imperio que le era tan ventajoso. Nació de aquí su preeminencia en las juntas de la nacion, y su influencia en todos los asuntos graves. Si sus privilegios habian recibido algunos golpes de los Reyes de la primera familia, como la posesion era an-

tigua, los reputaban por injusticias, y la religion mal entendida les daba el nombre de usurpaciones sacrílegas, por no distinguir la diferencia de circunstancias y necesidades que rodeaban el estado.

Este fue privadamente el modo de pensar del débil heredero de Carlo-Magno, y tal fue con las maniobras y la ambicion desnaturalizada de sus hijos, el manantial de las desgracias y pesadumbres que envenenaron el resto de sus dias. Mostróse al principio para con sus hijos celoso de su autoridad, y los envió á mandar en las provincias sin concederles título alguno; mas no observó por mucho tiempo este método. Apláciale la reforma y otros negocios eclesiásticos, en que se empleaba de mejor gana que en el cuidado del estado, y le vino al pensamiento unir al imperio uno de sus hijos. Reunió muchos obispos y algunos señores, y les propuso esta cuestion bien singular (1): „¿no se deberá abreviar lo que afirmará el bien del reino, y dará al gobierno mas energía?“ No habia que dar mas que una respuesta á esta pregunta, y así esclamaron todos á una voz, que esto debia efectuarse y ponerse en obra cuanto antes.

„Supuesto que así lo opinais, prosiguió, sabed que he resuelto dar el nombre de Emperador á uno de mis hijos;“ y juzgando que con simples actos de piedad se podia suplir por la prudencia, sin advertir que la razon y la religion exigen que en todo se pongan aquellos medios que son análogos á la naturaleza de las cosas, se contentó con prescribir tres

(1) *Eginard. ann. 817.*